

# EL MUNDO PREHISPÁNICO

PARA  
GENTE  
CON  
PRISA



ILUSTRADO POR  
URBANO MATA

ENRIQUE ORTIZ  
TLATOANI CUAUHTÉMOC

 Planeta

© 2021, Enrique Ortiz

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Daniel Bolívar  
Ilustraciones de portada e interiores: Urbano Mata  
Fotografía del autor: cortesía personal de Enrique Ortiz  
Diseño de interiores: Sandra Ferrer Alarcón

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111,  
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición en formato epub: mayo de 2021  
ISBN: 978-607-07-7508-6

Primera edición impresa en México: mayo de 2021  
ISBN: 978-607-07-7466-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México  
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

# Índice

## 9 LA FUNDACIÓN

### EL DÍA

- 13 El día de un *tenochca*
- 19 El mito de las cinco eras cósmicas
- 25 Los habitantes de Tenochtitlan
- 39 Saludos, insultos y ofensas
- 45 Temazcales y lavatorios: hábitos de limpieza
- 49 Tatuajes, expansiones y modificaciones craneales
- 55 Maquillaje y huipiles: los arreglos femeninos
- 59 Estudios para honrar a los dioses
- 67 Los gremios del comercio: los *pochtecah*
- 73 El gran mercado de Tlatelolco y sus secretos
- 79 Alimentos mesoamericanos para el mundo
- 83 El pulque, bebida para alegrar el corazón
- 89 Los tamales, bocadillos para los dioses de la lluvia
- 99 Aquellos por quienes vivimos: las deidades
- 113 Casamenteras y banquetes: los matrimonios de los nahuas

### LA NOCHE

- 119 La Llorona y otros espectros nocturnos
- 125 Entre tecolotes y estrellas: magos y hechicería

- 135** Las alegradoras: la prostitución en Tenochtitlan
- 139** Transgresiones sexuales
- 143** Aves de mal agüero, designios y portentos divinos
- 147** Ofrendas de copal y sangre: la religión
- 151** El tiempo y los destinos: calendarios mexicas
- 163** Oro y turquesas: la entronización del Huey Tlahtoani
- 169** Disputas, infracciones y castigos: la justicia en Tenochtitlan
- 179** Dardos y flechas: el armamento mexica
- 185** Flores y sangre: las guerras floridas
- 191** Rituales funerarios para el viaje al más allá
- 195** Exequias imperiales: la muerte del Huey Tlahtoani
- 201** Los paraísos después de la muerte
- 205** Xolos y jades: el camino al Mictlan
- 211** Cae la noche en Tenochtitlan

## **LÍNEA DE TIEMPO**

- 215** Cronología mesoamericana
- 215** Cronología mexica

## **REFERENCIAS**

- 219** Bibliografía
- 222** Hemerografía

# El día de un *tenochca*

**EL DÍA EN TENOCHTILAN** empezaba con el sonido de las caracolas y el golpeteo de los *huehuemeh*, altos tambores cilíndricos hechos de madera. Desde la cima de los templos de cada barrio, y desde el Templo Mayor, los sacerdotes tocaban estos instrumentos para recibir a Tonatiuh, el sol, y para marcar los diferentes momentos del día.

Los primeros en reaccionar a este llamado eran los animales domésticos, que ocupaban corrales en los patios de las casas de los plebeyos: *macehualtin*, palabra del náhuatl que significa «los merecidos». Los perros respondían con ladridos y los guajolotes con gorgoteos.

Dentro de las casas dormía toda la familia: la madre, el padre y los hijos. Descansaban sobre petates tejidos de fibras naturales, colocados sobre el piso húmedo de tierra apisonada. Las viviendas se ubicaban en una chinampa o terreno, a un lado de la zona de cultivo de la familia. Generalmente constaban de una planta rectangular con una sola entrada y muros de adobe o bajareque, recubiertos de estuco blanco. Solían tener de una a tres estancias y carecían de ventanas o puertas de madera. La iluminación

era escasa en su interior, por lo que se necesitaba usar antorchas, por lo general hechas de una madera resinosa conocida como ocote.

Al oír el sonido realizado por los sacerdotes en la lejanía, la madre se trenzaba el pelo y se vestía con huipil o falda para dirigirse a la zona de la vivienda conocida como *cihuacalli*, donde se encontraba el comal de barro sobre las tres piedras sagradas, así como los alimentos y otros instrumentos usados para cocinar: metates, jícaras, vasijas, etcétera. Estas piedras, sencillas en su forma, representaban el calor del hogar, la abundancia de alimentos y la presencia de luz y calor dentro de sus muros. La deidad Chantico era la protectora de estos elementos. Era una gran ofensa que alguien las pateara o las pisara.

La madre se disponía a alimentar con ocote las cenizas tibias del fogón para comenzar a preparar el *neuhcayotl*, la primera comida del día. Se trataba del atole, una bebida de maíz molido a la que se le podía agregar miel de agave, *xocolatl* u otros ingredientes para endulzar. En ocasiones podía acompañarse de tortillas o restos de la comida del día anterior. Un sonido cotidiano en las mañanas de Tenochtitlan era el rítmico golpeteo de las manos de las mujeres que preparaban las tortillas para el día. También era común oír la molienda de los granos de maíz sobre un instrumento: el metate, una especie de mortero hecho de piedra volcánica donde se trituraban las semillas hasta obtener una harina muy fina, con la cual se preparaban tamales, pinole, tortillas, tlacoyos y otros alimentos.

La mayoría de los hogares eran muy sencillos y solían estar llenos de humo procedente del fogón. Esta humareda servía para alejar las nubes de mosquitos y otros insectos que abundaban en la ciudad, construida en medio de cuerpos de agua y pantanos. Dentro de estos cuartos no había sillas ni camas ni baúles, por lo que toda actividad se realizaba de rodillas, en cuclillas o sentados sobre el piso.

En los palacios pertenecientes a los gobernantes y nobles, en cambio, sí habríamos podido encontrar algunos «muebles»; el más importante: el *icpalli*, una especie de asiento con respaldo hecho de fibras vegetales tejidas, que también se usaba como «trono» por los gobernantes, decorado

con pieles de felinos, plumas de águila o lienzo de algodón. Gracias a los registros de Cortés y Bernal Díaz del Castillo sabemos que Motecuhzoma comía sobre una pequeña mesa, de poca altura, hecha de madera.

En los hogares algunos alimentos se podían colgar del techo para mantenerlos lejos de roedores e insectos y permitir que se ahumaran. Para guardar objetos personales existían cajas tejidas de carrizos o juncos llamadas *petlacalli*.



La primera actividad del padre de familia era cubrirse el torso con su tilma, ya que dormía solamente con el *maxtlatl* o braguero. La tilma de los nobles era de fino algodón, mientras que la usada por los plebeyos era de fibra de ixtle, una fibra vegetal proveniente de agaves. Después se colocaba los *cactli*, zapatos hechos de piel o fibras vegetales tejidas, parecidos a los actuales huaraches. Luego de haberse vestido, seguramente se dirigía al pequeño altar familiar, colocado en algún rincón de la casa.

**En el altar se encontraban las representaciones de cerámica de los abuelos y ancestros fallecidos, así como de las deidades protectoras de la familia y el barrio.**

El padre colocaba copal en pequeños braseros para sahumarlos y pedir así su protección durante el día. Algunas familias con mayores recursos derramaban pulque alrededor de la casa, sobre el altar, y posteriormente en dirección de los cuatro puntos cardinales.

Terminado este ritual, el padre de familia y los niños se colocaban en cuclillas para la primera comida del día. Usaban recipientes de cerámica cocida parecidos a vasos y platos, así como jícaras. Comían con las manos,

usando la tortilla enrollada para sopear las salsas de los diferentes guisos. Mientras, la esposa preparaba el itacate, un paquete de comida que podía llevar tamales, totopos, pedazos de tortilla, frijoles, carne seca y alguna salsa o preparado llamado *molli* en aquellos años.

El padre dejaba la casa para realizar sus actividades diarias, las cuales eran muy diversas. Podía ir a pescar a la laguna; recolectar hueva de una chinche de agua llamada *ahuatle*; cazar grullas, patos, garzas para consumo propio o para ofrecerlas en el mercado de Tlatelolco. También podía ejercer un oficio: cantero, pintor o escultor; en ese caso, se dirigía a un taller o un espacio dedicado a estas labores. Otra opción, la más sencilla y cómoda, era trabajar en los cultivos de su propia chinampa o la de un familiar o vecino.

Los hijos, si tenían la edad suficiente, acompañaban al padre en su labor. Si aún eran pequeños, se quedaban bajo el cuidado de la madre, quien les asignaba tareas como ir por agua o leña, limpiar la canoa de la familia, desgranar el maíz, la chía o el amaranto. La madre y las hijas, en compañía de abuelas, tías y primas, dedicaban toda la jornada a moler, cocinar, hilar, tejer, alimentar a los animales de la casa, así como a limpiar y cuidar la propiedad.

Cuando el sol alcanzaba su posición más alta en el firmamento, el *nepantla*, era momento de la segunda comida. En los hogares, las mujeres se daban un descanso para comer tortillas acompañadas de un guiso, frijoles y salsa. En los campos de cultivo, en los talleres o durante la marcha, los hombres abrían su itacate para consumir algo ligero. Por un momento todo era tranquilidad.

Después de este refrigerio, las actividades seguían hasta el atardecer y todos regresaban a sus hogares.









# El mito de las cinco eras cósmicas

**PARA LA COSMOVISIÓN NAHUA**, el mundo como lo conocemos está en la quinta era de la creación. Es decir: antes de nosotros hubo otras humanidades que fueron destruidas. Esto ocurrió debido al constante conflicto entre las deidades que, a pesar de su naturaleza divina, tenían emociones muy humanas, como la soberbia, la envidia y el orgullo. La destrucción de estos mundos se debió también a que los hombres que los habitaban eran soberbios y descuidados, no veneraban a los dioses ni realizaban sacrificios, cantos o danzas para sus creadores.

El primer mundo fue creado por Tezcatlipoca y se le conoció con el nombre de Tonatiuh Nahui Ocelotl (Sol Cuatro Ocelote). Fue habitado por gigantes y duró 676 años, hasta que Quetzalcoatl decidió destruirlo por medio de un cataclismo, en el que los jaguares devoraron los corazones de los gigantes, al tiempo que la bóveda celeste descendía y colapsaba, sumiendo a la tierra en una completa oscuridad. Su deidad patronal fue el propio Tezcatlipoca, el espejo humeante de obsidiana.

La segunda era fue creada por Quetzalcoatl, y se le conoció como Tonatiuh Nahui Ehecatl (Sol Cuatro Viento). En ella, los humanos poblaron

la Tierra en desarrollo y paz continuos, y tuvieron cosechas en abundancia. Duró 676 años. Al final, Tezcatlipoca —la deidad patronal del primer mundo— derribó en venganza a Ehecatl —el portador del sol— generando fuertes vientos y torbellinos que se llevaron a su deidad patronal y a la humanidad. Los pocos sobrevivientes se refugiaron en los árboles, donde fueron transformados en monos. Este sol tuvo como deidad patronal a Ehecatl-Quetzalcoatl.

El tercer sol llamado Tonatiuh Nahui Quiahuitl (Sol Cuatro Lluvia) fue creado por Tlaloc y duró 364 años. La deidad volvió a crear a la humanidad, que comía *acicintli*: «simiente como de trigo que nace en el agua». Sin embargo, Quetzalcoatl causó que lluvias de fuego destruyeran esta era. **Los humanos que sobrevivieron se transformaron en guajolotes, símbolo asociado con la noche, la brujería y Tezcatlipoca.** Quetzalcoatl sustituyó a la antigua deidad de la lluvia mesoamericana por Chalchiuhtlicue, señora de las aguas terrestres, quien sería la regenta de la siguiente era.

El cuarto sol duró 312 años y el cataclismo que lo destruyó fue una gran inundación que llegó de los cielos, por lo que sus habitantes se transformaron en peces. A esta era se le conoció con el nombre de Tonatiuh Nahui Atl (Sol Cuatro Agua).



La Tierra quedó completamente inundada y un colosal lagarto hizo de aquel gran océano su hogar. Así que, finalmente, los hermanos Tezcatlipoca y Quetzalcoatl se pusieron de acuerdo para crear la tierra y los cielos a partir de aquella criatura.

Tezcatlipoca metió su pie al agua, como carnada, tratando de llamar la atención del gran lagarto. Rápidamente, el gigantesco reptil lo mordió y le arrancó el pie. Justo en ese momento, Quetzalcoatl lo tomó de las fauces y las abrió con sus manos hasta partir en dos al monstruo. Con la parte superior creó los cielos y con la parte inferior la tierra. Sin embargo, Tezcatlipoca perdió su pie en la batalla; por esa razón los nahuas lo

representaban con un espejo humeante en el extremo de la extremidad cercenada.

**Restaurado el orden cósmico,  
todas las deidades se reunieron en  
la antigua ciudad de Teotihuacan, cuyo  
nombre significa «lugar donde los  
hombres se hicieron dioses».**

Entonces acordaron que uno de ellos tendría que arrojarse al fogón sagrado para crear al sol. Tecciztecatl, «morador del caracol», deidad de origen noble, accedió a realizar el sacrificio para volverse el nuevo sol. Cuatro veces trató de arrojarse al fogón sagrado frente a la vista de todos los dioses, y las cuatro veces retrocedió abrumado frente al intenso calor que emergía del fuego.

Sin que nadie lo esperara, el dios menor Nanahuatzin se incorporó y empezó a caminar al gran fogón. Como este dios era representado con deformidades y plagado de enfermedades de la piel, se le conocía como El Buboso. Sin titubear se arrojó al gran fogón, emergiendo por el oriente como el sol. Humillado ante dicha situación, Tecciztecatl se arrojó al fuego siguiendo los pasos de Nanahuatzin, y surgió como un segundo sol.

**Era imposible que hubiera dos soles, así que Quetzalcoatl tomó un conejo por las orejas y lo lanzó a uno de ellos.** Esto apagó el fuego del astro y dio origen a la luna. Por eso se comenta que aún se puede ver la silueta de un conejo cuando hay luna llena. Una vez creados, el sol y la luna permanecían inmóviles en el firmamento. Así que el dios creador dio un soplo con su poderoso aliento, para hacer girar a ambos astros. En otra versión se menciona que todos los dioses presentes tuvieron que arrojarse al fogón sagrado, sacrificio que dotaría de movimiento a ambos astros. Xolotl se negó al sacrificio, por lo que escapó transformándose en

maguey, en una planta de maíz y en un ajolote. De nada le sirvió, ya que Quetzalcoatl lo cazó y fue sacrificado.



Para crear a los seres humanos de esta era, Quetzalcoatl tuvo que adentrarse en el Mictlan, el inframundo, en busca de los huesos de las humanidades previas. Fue guiado por Xolotl, su nahual o contraparte animal. Esta otra deidad tenía el cuerpo de un hombre, cabeza de perro, y estaba asociado con el Venus vespertino.

Una vez en el inframundo, Mictlantecuhtli, el dios regente de las profundidades, hizo todo lo posible para impedir que el dios creador lograra su objetivo. Después de muchas proezas –hacer sonar un caracol sellado gracias a la ayuda de abejas y gusanos, por ejemplo–, Quetzalcoatl logró adueñarse de los huesos, pero al momento de escapar Mictlantecuhtli le arrojó una parvada de codornices, lo que desequilibró a la deidad cuando buscaba escapar del inframundo. Los huesos resbalaron de sus manos y se estrellaron contra el piso rompiéndose en pedazos.

Quetzalcoatl, frustrado, rompió a llorar. Su nahual, Xolotl, lo consoló y lo ayudó a recolectar los fragmentos para después envolverlos en una preciosa tela. Por fin logró salir Quetzalcoatl del Mictlan, y entonces se dirigió a Tamoachán, un paraíso mítico habitado por los dioses. Ahí entregó los huesos a la diosa Quilaztli, quien los molió en un molcajete hecho de obsidiana y los hizo polvo para devolverlos a Quetzalcoatl. En ese momento, el dios perforó su pene con un punzón de hueso y arrojó la sangre sobre las osamentas pulverizadas para darles vida.

A los habitantes del quinto sol se les llamó macehualtin, que significa «los merecidos», en alusión a lo afortunados que fueron al ser creados, y como recordatorio de que en reciprocidad y agradecimiento hacia los dioses tendrían que ser «los merecidos de penitencia» debían realizar constantes ofrendas, sacrificios y autosacrificios en honor a los dioses,

aun a costa de su propia vida. Fue ese el pacto sagrado que dio origen y sentido a los sacrificios humanos.

Quetzalcoatl también le obsequió a la humanidad su fuente más importante de alimentación: el maíz. Para ello le preguntó a una hormiga negra dónde se encontraban las semillas de dicha planta, a lo que la criatura le respondió que dentro, muy dentro de la montaña llamada Tonacatepetl. Por lo tanto, Quetzalcoatl se hizo diminuto para poder seguir los pasos de la hormiga y entrar a la sagrada montaña, donde obtuvo este preciado grano. Al salir, no solo se lo entregó a los hombres y mujeres que acababa de crear: también les enseñó cómo cultivarlo y aprovechar al máximo los productos que podían elaborarse con él.

Los antiguos mexicas pensaban que el quinto sol sería destruido por terremotos, así como por la invasión de las Tzitzimime, deidades femeninas asociadas a las estrellas y a las saetas que constantemente amenazaban al sol y con devorar a la humanidad.

